

Su empresa fue buscar lo que faltaba; buscar y conseguir; elaborar el instrumento necesario para poner en marcha la filosofía viviente. El instrumento de la palabra logró en sus manos la más alta precisión, y esto fue lo que puso a nuestro alcance con extrema generosidad y, al mismo tiempo, con eficacia dictatorial.

Flotábamos sobre la turbulencia de la profecía. Ortega había anunciado —que no propugnado— la deshumanización del arte, y las gentes bienpensantes se echaron las manos a la cabeza. Lo curioso es que, posteriormente, Picasso, que fue la máxima realización y síntesis de esta deshumanización, fue considerado como un benefactor de la humanidad. Y yo aprendí mi faena de novelista en ese clima. El novelista, cronista al fin y al cabo de una humanidad deshumanizada, se encontraba en un callejón sin salida o, mejor dicho, en una encrucijada. ¿Cómo relatar lo informe, lo huidizo, con la técnica que nos ha sido dada, quiero decir, colocando una palabra detrás de otra en un orden mecánicamente comprensible? No estaba a nuestro alcance poner una cara de perfil con dos ojos y, mirándolo bien, eso era exactamente lo que queríamos, lo que teníamos que querer.

Obra apenas empezada

Lo poco que yo he hecho, pues considero mi obra apenas empezada, no ha sido más que el desarrollo de lo difícil, de lo que se nos presentó como la búsqueda de lo que faltaba, de lo que nos faltaba.

Dados mis comienzos en Bellas Artes, mi obra era, ante todo, poética. Y, sin embargo, no me identifiqué con Proust, encontrando mi camino, por el contrario, en Joyce. Fue al descubrir al primer Joyce, el del *Retrato del artista adolescente*, cuando entreví la literatura picassiana, es decir, la posibilidad ilimitada de la novela, la convicción de que en la novela todo es posible. Y así, durante casi seis años, escribí mi primera novela, *Estación. Ida y vuelta*, que no era una síntesis, sino un conglomerado sumamente espeso de todas mis vivencias intelectuales, la reflexión intacta de un hombre que vive a conciencia, incluso, sus actos inconscientes. En una primera novela, la urgencia del amor se presenta con todas sus consecuencias: la traición, por ejemplo; el triángulo como una cuña de mala madera; la sociedad frívola, contingente, apenas existente; y la grandeza del amor que acepta sus consecuencias, no como una aceptación reflexiva, de perdón o algo semejante.

Partida programada

Este examen de una novela de cien páginas no es excesivo al tratarse del total de lo que llevo hecho. Porque éste fue mi punto de partida, y mi partida fue conscientemente programada en una determinada dirección, en la de una búsqueda de algo cuya imagen está inaugurada con firmeza.

Luego vino la biografía novelada de Teresa, la novia de Espronceda, pero, por mi lentitud habitual, no pude terminarla hasta mayo de 1936 y el libro no pudo ser publicado en

España. Nos pasamos al otro lado y, en seguida, se publicó en Buenos Aires.

Mi segunda etapa

Allí empezó la segunda etapa de mi actividad, que hasta entonces, de actividad había tenido muy poco. Empecé a colaborar en la revista «Sur» y en «La Nación». Y trabajé en la novela que había empezado en París, *Memorias de Leticia Valle*. Otra vez a causa de mi lentitud, esta novela no pude terminarla hasta 1945. Antes habían ido apareciendo algunos cuentos que se recogieron en un volumen publicado en 1951. Los cuentos, en cierto modo fantásticos y muy en la línea de Poe —que había sido mi apasionada lectura al principio de mi exilio parisino—, eran excursiones momentáneas mientras pasaban los años que viví absorta en mi novela titulada *La sinrazón*. Diez años durante los cuales fui agotando, en una especie de asimilación, todo lo inmediatamente próximo. *Teresa* fue pronto olvidada; *Leticia*, no tanto, por tratarse de un diálogo interior en primera persona y de un personaje autogobernado por su potencial cerebral. Con este libro se inicia mi vuelta a la verdad. Con un esquema muy semejante al de *Estación. Ida y vuelta*, se desarrolla una historia de amor con todas sus dolencias endémicas.

El entusiasmo que me mantuvo en la elaboración de este libro no fue debidamente sistematizado por mí; no logré regular mis horas de trabajo. Fueron diez años de entrega absoluta a una empresa que no consistía sólo en lograr una